

IDEOLOGÍAS ATLÁNTICAS¹

El espíritu de la ofensiva globalizadora de Clinton en la década de 1990, como el de la oleada de desregulación y privatización en la que se fundamentó, fue irreprochablemente captado por la tesis del «fin de la historia» de Francis Fukuyama. En su opinión, el mundo había llegado a un punto donde ya no podía surgir ninguna alternativa creíble a la operación conjunta de democracia liberal y economía capitalista. En consecuencia, cualquier forma de resistencia a la preeminencia de Occidente en el ruedo geopolítico carecía, de partida, de legitimidad histórica; asimismo, la gente a lo largo del planeta haría mejor en olvidarse del cambio social. Por ello, la globalización podría traer consigo la intervención humanitaria sin un mandato de la ONU, una misión mundial para la OTAN y nuevos pasos hacia la sustitución de la Seguridad Social por *workfare* [sistema de prestaciones sociales condicionadas]. Bajo el mandato del sucesor de Clinton, Washington entonó otro cantar: la teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington afirmaba que se estaban detectando unas divisiones geopolíticas mucho mayores que las de la Guerra Fría bajo los escombros del desplome soviético. Si Occidente había de mantener su predominio mundial, tendría que sortear desplazamientos tectónicos a partir de fuentes religiosas y éticas milenarias, y, más concretamente, hacer frente a un desafío «confuciano-islámico».

Algunos aspectos de este enfoque, así como preocupaciones más terrenales, guiaron las desastrosas intervenciones de la Administración Bush en Afganistán e Iraq, con el apoyo inquebrantable de Downing Street. No obstante, el grado en el que las repercusiones de la cruzada anglo-norteamericana han minado la coherencia de la política exterior estadounidense está ilustrado por el hecho de que a China, un adversario clave para Huntington, aún no se le ha sometido al pleno impacto de la presión occidental. A la República Popular China se le ha permitido desarrollar su economía industrial hasta un punto en el que las contradicciones internas en las áreas de oferta de mano de obra y de contaminación –más

¹ Walter Russell Mead, *God and Gold: Britain, America and the Making of the Modern World*, Londres, Atlantic Books, 2007, 449 pp.

que en las relaciones internacionales— están forzando una ralentización. Sin embargo, para los ideólogos estadounidenses, como Thomas Friedman planteó en 2006 en un artículo de *The New York Times* titulado «Competiendo con China»:

Cuando se escriba la historia de [la presente] era, la tendencia que los historiadores citarán como la más importante no serán el 11-S y las invasiones estadounidenses de Afganistán e Iraq. Será el auge de China e India. Cómo se acomoda el mundo a estas potencias emergentes y cómo Estados Unidos gestiona las oportunidades económicas y los desafíos que plantean, es la tendencia mundial aún más importante a tener en cuenta.

Se infiere, entonces, que Estados Unidos tiene que lograr salir de alguna forma de su actual confrontación con el mundo islámico si se quiere mantener la preeminencia del Occidente angloparlante y su control de los resortes de la economía capitalista mundial.

No son sólo los intelectuales políticos quienes piensan así. En casa, el gobierno de Bush ha generado una amplia oposición que se alimenta de más cosas que la sola aversión a la guerra en Iraq. Existe la impresión generalizada, que cobra fuerza a diario en las gasolineras del país, de que la época de preponderancia de Estados Unidos en el mundo se acerca a su fin y de que el *american way of life* está extraordinariamente mal preparado para lidiar con los desafíos urgentes, entre ellos el cambio climático. Este sentimiento general está propulsando la campaña de Obama para ganar la nominación demócrata de 2008. En el momento en que escribo, los Clinton aún tienen algunas bazas más que jugar, entre ellas los aproximadamente 800 delegados que la maquinaria del partido añadirá a los que se hayan ganado con las primarias. Sin embargo, hay algo fuera de lo común respecto a Obama y tal vez no sea una coincidencia que él, y no Hillary, haya recibido la mayoría de las donaciones de universidades prestigiosas (Harvard, California) y de las empresas orientadas al futuro como Google, mientras que los tradicionales seguidores de los demócratas en Wall Street todavía están haciendo sus apuestas.

Hasta ahora, Obama ha hablado principalmente de «esperanza» y de «cambio», aunque parece el candidato mejor situado para apelar a un sentimiento de justicia social y con el mayor potencial para movilizar al tradicional 40-50 por 100 no votante del electorado. Su campaña aún no ha logrado desarrollar una postura coherente en política exterior que pudiera encajar en un programa ideológico más amplio. Sin embargo, sólo a través de un proyecto así puede la clase dirigente intentar asimilar las aspiraciones de la sociedad estadounidense, conectarlas con los intereses de las empresas y las preocupaciones vinculadas a la propiedad de la capa alta de esa sociedad, y traducirlo todo en una estrategia que refuerce la hegemonía de Estados Unidos en casa y en el extranjero. Cualquier posibilidad de esperanza o cambio estará siempre hipotecada a ese propósito primordial.

En *God and Gold. Britain and America and the Making of the Modern World*, Walter Russell Mead no oculta el hecho de que aspira a ser un espíritu conductor en la formulación de tal programa, hacia el cual pretende atraer a un electorado que no forma parte de la base tradicional demócrata: los cristianos evangélicos de Estados Unidos. Mead llega a sus conclusiones gracias a un amplio análisis histórico de la configuración sociopolítica determinante de nuestros días: el Occidente angloparlante, concebido a un tiempo como progenitor, fruto y guardián del capitalismo liberal, una formación cuya legitimidad está de momento más allá de toda duda. En esta exposición, las virtudes de la angloesfera nacen, al modo weberiano, de la Reforma inglesa, que engendró un pueblo «individualista y optimista», caracterizado por una combinación dinámica de profunda piedad personal y apertura social hacia el cambio económico, cultural y político. Con todo, el desafío futuro consiste en integrar el espíritu tolerante del intelectual protestante Reinhold Niebuhr. Si se garantizara al mundo islámico un espacio para respirar, una postura más comedida permitiría a Occidente reagruparse y reposicionarse para una nueva ronda de lo que Mead llama «la revolución permanente» del sistema capitalista, que tan buen servicio le ha prestado durante tanto tiempo.

God and Gold, pues, no es tanto una obra académica como una contribución a un consenso estratégico, cuyo anclaje en el sistema existente nunca se menciona, y menos aún se cuestiona. En sus anteriores trabajos, *Power, Terror, Peace and War* (2005) y *Special Providence. American Foreign Policy and How it Changed the World* (2001), Mead se había postulado a sí mismo como un ideólogo nacional que intentaba articular una fórmula coherente para una política exterior estadounidense patriótico-internacionalista, dentro de la cual «la economía, la moralidad, la democracia» serían asuntos centrales. En *Special Providence* ésta se contrapuso explícitamente a los males del «realismo continental» de Kissinger, que había sido responsable de los fracasos de los gobiernos de Nixon y Ford, y que, afortunadamente, abandonaron Carter y Reagan. La validación ideológica del concepto de una política exterior estadounidense como tal es inherente a este plan; a Mead le preocupa que las masas se queden demasiado atrás con respecto a sus líderes en este asunto y que tengan una lamentable tendencia a ver las intervenciones en el extranjero como «poco estadounidenses». Sus libros aspiran a mostrar su necesidad. *Special Providence* ofrece una especie de currículo común para la educación cívica estadounidense, que delinea lo que Mead llama las cuatro escuelas básicas –hamiltoniana, wilsoniana, jeffersoniana, jacksoniana– de una larga tradición estadounidense en política exterior, desafortunadamente subordinada al «realismo continental» durante la Guerra Fría. La presente necesidad de una fórmula popularmente accesible en política exterior se expone en detalle: «es probable que los futuros sacrificios de sangre, dinero y bienestar sean [...] más formidables que ninguno de los anteriores». Mead, como Fukuyama, Huntington, etc., pretende ser un intelectual orgánico de la clase dominante estadounidense, alguien que piensa en el futuro para articular, aunque sea provisionalmente, la forma en que se puede dotar de una política coherente a una coalición de fuerzas sociales.

La reseña de una obra de este tipo está obligada a señalar que, cualesquiera sean sus méritos intelectuales, tenemos ante nosotros un argumento confeccionado en beneficio de patrocinadores que, como Thomas Ferguson describe en *Golden Rule*, pueden desempeñar un papel importante en decidir las candidaturas y, con frecuencia, en los resultados reales de las elecciones. Como investigador sénior en política exterior en la cátedra Henry A. Kissinger del Council of Foreign Relations (CFR), es competencia de Mead esbozar una posible línea de actuación para el papel de Estados Unidos en el mundo. Dicha planificación política no se desarrolla de forma aislada: el CFR está muy interconectado con organizaciones transnacionales como el Club Bilderberg, el Foro Económico Mundial y la Comisión Trilateral, además de una completa lista de fundaciones y consorcios que financian propuestas individuales. Tanto la obra de Fukuyama como la de Huntington fueron patrocinadas por la omnipresente Fundación Olin, un baluarte de la revolución reaganiana con conexiones militares, que data del imperio de la pólvora Olin Industries; la hospitalidad dispensada a Fukuyama por la Corporación RAND o el respaldo dado a Huntington por la Fundación Smith-Richardson, otro pilar de la derecha estadounidense, deben necesariamente plantear la pregunta de si Fukuyama se ocupa verdaderamente de Hegel o si la obra de Huntington pasa la prueba de la precisión historiográfica.

Entre los patrocinadores de *God and Gold* están el Pew Forum on Religion and Public Life, la Fundación Woodcock y la Fundación Henry Luce. Al igual que John Locke en su día discutió primero sus ideas con lord Shaftesbury, Mead se ha beneficiado de los puntos de vista de George Soros y otros, como evidencian la página de agradecimientos y su discusión sobre la «sociedad abierta». No obstante, los Pew de Filadelfia ocupan el puesto de honor. Son presbiterianos fundamentalistas que se dedican principalmente al negocio del petróleo y (una vez más) forman parte del núcleo del electorado de la derecha estadounidense. Aun así, su imperecedero interés en la religión ha avanzado con los tiempos, y el tratamiento que Mead ofrece del tema debe contrastar con lo que la familia está acostumbrada a oír de Billy Graham. Las conclusiones del Pew Research Center de que la aventura iraquí ha incrementado enormemente las simpatías hacia Bin Laden en el mundo islámico al tiempo que ha generado un rechazo hacia la «guerra contra el terror» anglo-estadounidense resuenan sin duda alguna en el libro.

Desde los días de Walter Lippman, el hecho de presentar consejos estratégicos en un *best seller* se ha utilizado como forma de lograr una acogida más amplia. También *God and Gold* se erige como la versión popularizada de su propio mensaje. Títulos de capítulos como «Ricitos de oro y Occidente», «La morsa y el carpintero» –Gran Bretaña y Estados Unidos patrullando las playas de su «imperio marítimo liberal»–, «El giroscopio y la pirámide», etc., nos dan el tono de la obra. Estos préstamos de Lewis Carroll y otros clásicos infantiles no contribuyen necesariamente a aclarar las dimensiones estratégicas de las fuerzas sociales analizadas, ni se acomodan

fácilmente con las vastas citas de Milton, Dryden, Longfellow y otros a través de las cuales el autor trata de captar la esencia de las actitudes anglosajonas que analiza. El punto de partida de Mead es el tema principal del discurso de Cromwell al Parlamento en 1656: «¿Quiénes son nuestros enemigos y por qué nos odian?». Desde su perspectiva, «una guerra innecesaria y escasamente planeada en Iraq» ha «debilitado seriamente» el respaldo de la opinión pública a la alianza atlántica. La falta de sensibilidad de Bush y Blair, «entonando beaterías sobre los derechos individuales, las virtudes de la política económica liberal, la necesidad de levantamientos revolucionarios de las masas en el mundo árabe y los principios universales de la ley moral», sólo han empeorado las cosas:

El sistema marítimo tiene intereses que requieren un continuado e incluso más profundo compromiso de Estados Unidos en Oriente Próximo, pero la relación histórica del sistema marítimo con los árabes hace dicho compromiso muy difícil de sostener. No hay forma de avanzar sin un acercamiento mucho más profundo entre Estados Unidos y el mundo árabe, y dicho acercamiento no puede tener éxito a menos que el Carpintero aprenda a hablar menos y a escuchar más.

Las recomendaciones de Mead sobre cómo reducir la retórica combativa se centran en los escritos de Niebuhr, acertadamente ensalzados por George Kennan, artífice de la estrategia de contención de la Guerra Fría, como «el padre de todos nosotros». Mead cree que gracias al concepto de pecado de Niebuhr se puede integrar a los cristianos evangélicos en la masa crítica que apoya el necesario giro en la política exterior estadounidense. En su clásico *Moral Man and Immoral Society* de 1932, Niebuhr sostenía que el sucumbir a lealtades de grupo hace a la gente mucho más propensa «al pecado» de lo que lo sería en un ámbito individual. Este punto de vista estaba seguramente inspirado tanto por la orientación estado-corporativista de los años de entreguerras como por la política exterior, pero en el contexto de los primeros años de la Guerra Fría se podía usar para contener las demandas de rectitud por parte de Occidente que podrían, de otra manera, haber desencadenado una confrontación nuclear. De hecho, Mead interpreta así el argumento de Niebuhr: «Cuanto mayor y más fabulosa es la abstracción menos críticos somos con las afirmaciones y menos necesidad sentimos de reconocer las demandas justas de aquellos que pertenecen a facciones rivales».

En el ámbito de la religión se puede desarrollar con facilidad una arrogancia moral incontrolada; pero de acuerdo con Mead, el segmento más ruidoso de la opinión religiosa en Estados Unidos, los protestantes evangélicos, tiene «la presencia y el poder para crear una significativa masa nueva de opinión pública que sea sensible a los ideales de Niebuhr». Al tiempo que su movimiento ha ido ganando terreno durante décadas, más intelectuales maduros y serios han empezado a destacar desde sus filas; tales figuras pueden contribuir a una amplia coalición que se aparte del fanatismo liberal-imperial hacia una política nueva, que reconozca la legitimidad de las demandas planteadas por los intelectuales islámicos, puesto que,

durante toda la historia contemporánea, sus sociedades han estado sometidas al despotismo y la agresión imperiales. Mead pasa rápidamente por el encuentro entre la cristiandad y el mundo musulmán, y expone algunos hechos aleccionadores. Durante la retirada del Imperio otomano de los Balcanes en el periodo de 1912-1920, dos tercios de la población musulmana de la región –el 27 por 100 del total– fueron desplazados, expulsados o asesinados; uno de cada cinco turcos desciende de refugiados balcánicos hoy en día. Desde las cruzadas, los árabes, turcos y musulmanes se han sentido, en general, objetivo de Occidente; «ningún rincón del mundo islámico estaba o está a salvo de este implacable asalto». El estudio de Mead parece detenerse, sin embargo, en 1924. La suerte de los palestinos –algo más pertinente que la caída del Imperio otomano– no se menciona. Apenas hay un susurro sobre el apoyo incondicional de Estados Unidos a la ocupación israelí y el asentamiento de Cisjordania; «imperfecto» es el adjetivo más duro que se atreve a utilizar para hablar de Israel. De hecho, la prosa por lo general enérgica de Mead se retuerce en eufemismos en este delicado tema: «debemos asumir las muy complejas formas en que nuestro apoyo a Israel afecta al modo en que los árabes interpretan los motivos y las acciones estadounidenses», sugiere; una minimización de la cruda realidad del conflicto palestino-israelí que socava totalmente su súplica de un «entendimiento» niebuhriano hacia el mundo islámico como la mejor manera de mantener las estructuras del poder anglo-estadounidense en el mundo, el garante del sistema marítimo.

¿Cuáles son los rasgos perdurables de este sistema? Los Estados que componen el Occidente angloparlante (como nos informa el prefacio a la edición británica) no marchan necesariamente al unísono, pero «tienden a alcanzar semejantes, si no idénticas, conclusiones sobre lo que debe hacerse» desde una perspectiva de mayor duración: «desde la Revolución Gloriosa de 1688 que instauró el gobierno parlamentario y protestante en Gran Bretaña, los anglo-estadounidenses han estado en el bando de los vencedores en todos los conflictos importantes». La visión maniquea desde la que se emprendieron y lucharon estas guerras, se muestra aquí tal cual es. Las palabras de Woodrow Wilson, en vísperas de las negociaciones de Versalles, en 1918: «Hay una gran corriente de fuerza moral que recorre el mundo, y todo hombre que se oponga a dicha corriente caerá en desgracia», pueden sugerir ecos actuales en los temas de la campaña de Obama. Sin embargo, como con toda razón subraya Mead, estas proclamas de una purificación espiritual final llevada a cabo por el poderío militar de Estados Unidos y sus aliados han fracasado notablemente en la construcción de una paz duradera. El solemne anuncio del «fin de la historia» resulta siempre prematuro a medida que afloran nuevos retos. Con todo, la capacidad de adaptación ha permitido al Occidente anglófono retomar la iniciativa en todas las ocasiones hasta el momento, y el objetivo más importante de *God and Gold* consiste en explicar por qué esto es así.

De acuerdo con Mead, es la capacidad para reescribir, en cada coyuntura, una nueva versión operacional de la verdad eterna para ajustarse a las

nuevas circunstancias lo que ha permitido al mundo atlántico liberal restablecer su hegemonía frente a adversarios aferrados a principios más rígidos. Si este talento natural se está desperdiciando, ahora que la «guerra contra el terror» está reprimiendo a la disidencia en el corazón de las sociedades anglófonas, queda por ver. No obstante, en cierto modo el libro de Mead atestigua la persistente capacidad para resucitar de los desastres en política: en esta ocasión, de las debacles de Bush-Blair en Afganistán e Iraq, Guantánamo y Belmarsh. La sección central del libro, «Actitudes anglosajonas», se explyea en torno a los orígenes de esta capacidad para recuperarse de las catástrofes inminentes y triunfar. Aquí Dios lleva la voz cantante, si bien de una forma sorprendentemente «deísta», permitiendo a sus verdaderos creyentes ser flexibles en el seguimiento de la fe. De hecho, si existe un fundamentalismo en movimiento en la sociedad anglófona, reside en la interpretación pragmática de los mandamientos más sagrados más que en su estricta observancia. Mead se centra en el cristianismo, pero la inferencia de que éste es un modo de pensar más amplio nunca se pone en duda. Mito y religión, al igual que poesía y teoría, son superestructuras conceptuales sobre un sustrato instintivo. Sin ellos, la sociedad humana hubiera carecido de la capacidad de trazar un plan de acción más allá de los instintos primarios de solidaridad y continuidad. La religión (en la definición de Henri Bergson usada por Mead) puede, o bien operar en una sociedad cerrada, como un conjunto de normas estático, o bien en una sociedad abierta, como parte del aparato que capacita a sus miembros para ajustarse al cambio.

En la historia contemporánea, la sociedad abierta de Popper ha sido la sociedad moldeada por el capitalismo. En verdad, al igual que al modo capitalista de producción le precedió la actividad mercantil en la ciudades-Estado del norte de Italia y en las redes comerciales de la Liga Hanseática, la sociedad abierta también tuvo sus precursores. «Sin embargo, la forma de sociedad abierta que apareció en los Países Bajos y el mundo angloparlante fue más sólida, expansiva y longeva que las sociedades abiertas de épocas históricas anteriores.» Esto se vincula al abrazo del capitalismo y se expresa en lo que Bergson denominó religión dinámica. Mientras sería de esperar que una sociedad abierta produjera entendimiento y que este entendimiento luego se expresara en secularización, el hecho paradójico es que «los países que en la mayoría de los aspectos son los más altamente modernizados, si seguimos cualquier definición que se apoye en el progreso económico y tecnológico –Gran Bretaña en el siglo xix y Estados Unidos hoy–, son considerablemente más religiosos que la mayoría». La piedad anglófona, por lo tanto, ha coexistido desde el principio con el escepticismo y el relativismo histórico, desde el Acta de Supremacía que fundó la Comunión Anglicana en 1534. Su primer arzobispo, Thomas Cranmer, lo expresó al señalar que «nunca hubo nada tan bien concebido o tan seguramente establecido por el hombre que no se hubiera corrompido con la edad y el paso del tiempo». De ahí que, en palabras de Mead, «hayamos coexistido dos ideas en tensión creativa durante quinientos años en la angloesfera. Por una parte, Dios existe y revela su volun-

tad en lo que se refiere a las normas morales y doctrinas religiosas a los seres humanos; por otra, la comprensión humana de tales revelaciones siempre es parcial y está sujeta a cambios».

Ésta podría haber sido la receta para un éxito duradero si se hubiera aplicado de forma serena y no hubiera sido corrompida por la ostentación de los anglosajones de ser el pueblo elegido. Así, el secretario del Tesoro de Polk declaró que, surgieran los obstáculos que surgieran, a la postre «el predominio de nuestro ascendente anglo-celta-sajón-normando guiará a las naciones [hacia] esta gran confederación [que] finalmente abarcará todo el mundo habitado». Aun así, como analiza Mead en el capítulo titulado «Los protocolos de los viejos sabios de Greenwich», aunque se puede distinguir un conjunto de principios comunes, nunca ha habido un plan maestro explícito.

Al hacer lo que llega de forma natural, al seguir la lógica de su geografía, su cultura y su sociedad, los británicos y los estadounidenses dieron con una forma de administrar sus asuntos en el mundo que les aseguró una forma de poder mundial flexible y duradero adecuado a sus circunstancias, mientras que les deparó un conjunto de tareas y conflictos menos dificultoso que los que habían afrontado otras potencias destacadas.

Estas otras potencias sólo pudieron reaccionar con un resentimiento envidioso, nacido de la frustración. En la parte más burda del libro, un capítulo titulado «Cómo nos odian», se agrupa a Adolf Hitler y «Karl Marx, Charles Baudelaire y el papa Pío IX» en un mal afinado coro antioccidental, mientras que a Martin Heidegger, quien en algún momento firmó sus cartas con «Heil Hitler», se le presenta como exclusivamente consumido por el antiamericanismo. Cosa que le hizo «popular durante mucho tiempo entre los comunistas occidentales» vía Jean Paul Sartre, antes de convertirse en «una nueva moda en el Oriente Próximo musulmán entre aquellos que encuentran en su fuerte antiamericanismo un instrumento útil». Y continuando en esta línea, casi todo se supone tan profundamente arraigado en el conocimiento común que no se necesitan referencias.

Lo que queda es la percepción de que la sociedad anglófona fue infaliblemente ortodoxa en el entendimiento práctico de su más sagrado mandamiento. Sus principios operacionales hicieron que incluso sus oponentes más sofisticados parecieran fosilizados, anclados sin remedio en el pasado. Como anticipando la comprensión de la física moderna, una distinción entre fenómenos de superficie cambiantes cuya observación depende del modo de medición, y una realidad más profunda que se escapa a una verdadera comprensión, ha caracterizado históricamente a la mentalidad angloparlante. El propio capitalismo es descrito operando a través de una estructura por capas parecida: el vertiginoso entrecruzamiento de acciones innovadoras, aparentemente anárquicas, dirigidas a asegurar la ventaja competitiva, esconde un conjunto de reglas básicas que permanece inmutable. El ejemplo de Mead de cómo la cría de gambas destruye

las ciénagas de los manglares del Sudeste asiático para abastecer la demanda insaciable de Estados Unidos –y a la larga, se destruye a sí misma también– es un revelador ejemplo de la total irracionalidad de la racionalidad subjetiva impulsada por el mercado, aunque el autor no iría tan lejos.

La cultura política de la sociedad anglófona tampoco parece vinculada a nada fijo; funciona casi ingravidamente, como «un conjunto de valores políticos que pueden acomodar los conflictos de intereses opuestos sin saltar por los aires». El sistema de partidos, su forma manifiesta, aporta sólo el formato para alcanzar una flexibilidad duradera. «Las tensiones entre clases se pueden airear y acomodar; tras una edad dorada de magnates desaprensivos, un impuesto sobre la renta progresivo puede, si lo quiere la mayoría, equilibrar la balanza social.» No hay forma de que un Estado rival que pretenda igualar los logros de Occidente imponiendo un control central para guiar el esfuerzo, pueda beneficiarse de tal falta de una dirección firme.

Una vez más el autor deja sin explicar cómo, bajo estos fenómenos de superficie, la realidad subyacente es una estructura de clases en gran medida inmutable en sus normas básicas. Por consiguiente, estamos leyendo fórmulas ideológicas en proceso de gestación, no ciencia social. No sólo es mala suerte para Mead que, poco después de que escribiera que «los grandes países angloparlantes [...] han tenido los fuertes y flexibles mercados financieros que proporcionan la mayor prosperidad», una crisis financiera se burle de estas mismas palabras. La desenfrenada corrupción en los circuitos globales de capital-dinero se concentró en Wall Street y en la City de Londres, lo que revela que la crisis no se puede atribuir por más tiempo a políticas hipotecarias temerarias. Hay contradicciones estructurales internas en funcionamiento que fueron identificadas por autores más críticos desde la década de 1980 en adelante. Es aquí, en la llegada conjunta de la crisis financiera, en la aceleración del desgaste de la preeminencia geopolítica del Occidente angloparlante y en la amenazadora catástrofe medioambiental, donde se ponen de manifiesto los límites del escenario ofrecido por *God and Gold*. No obstante, si la premisa principal de Mead es válida, otros en Occidente propondrán alternativas muy pronto.